

Revista de Filosofía, N° 38, 2001-2, pp. 95-102
ISSN 0798-1171

Bases para una historia de las ideas filosóficas en el Zulia

The Basis for a History of Philosophical Ideas in Zulia

Carmen L. Bohórquez
Universidad del Zulia
Maracaibo - Venezuela

Resumen

En la tarea de reconstruir una realidad sociohistórica podríamos decir que más que los hechos, importan las ideas que generaron esos hechos. Las ideas representan las respuestas concretas que un grupo social o una comunidad determinada da a los diversos problemas a los que se ve enfrentada a lo largo de su devenir histórico. Son ellas las que confieren sentido o valor a nuestro pasado, las que otorgan racionalidad a nuestras acciones presentes y las que sustentan nuestro proyecto futuro. En este corto trabajo intentamos ejemplificar el papel que jugaron las ideas filosóficas en los procesos de transformación de la región zuliana durante las dos últimas décadas del siglo XIX, cuando se logró crear no sólo una fuerte movilización política en defensa de una soberanía arbitrariamente conculcada, sino también sentar las bases de una clara conciencia identitaria en prácticamente todos los estamentos de la sociedad marabina del momento.

Palabras clave: Historia regional, identidad, autonomía.

Abstract

In carrying out the reconstruction of a social-historical reality, we must affirm that the ideas that generated the actions are far more important than the actions themselves. Ideas represent concrete answers that a social group or community give to diverse problems they face along their historical course of events. This is what gives meaning or value to our past, rationality to our present, and sustenance for our future projects. In this short work we attempt to exemplify the role that philosophical ideas played in the transformational processes in the Zulia region over the last decades of the XIXth century, when not only a strong political mobili-

zation in defense of an arbitrarily infringed sovereignty was achieved, but also the bases were established for a clear consciousness of identity in practically all social levels of Marabino society at that moment.

Key words: Regional history, identity, autonomy.

Toda idea de progreso, de desarrollo o de crecimiento, abstracción hecha del contenido ideológico que pueda encerrar, nos obliga a volver continuamente la mirada hacia atrás. Cualificar sin comparar es punto menos que imposible. Crear y ser de ese modo original, sólo puede lograrse a partir de una visión previa de lo existente, único medio de reconocer la aparición de lo no-existente. De allí que para una justa valoración de nuestro presente, se imponga, como tarea previa y fundamental, el conocimiento de nuestro pasado; sólo así podremos determinar los grados de nuestro “desarrollo”, de nuestro “progreso” o de nuestra “originalidad”.

Sin embargo, no siempre el conocimiento que tenemos de nuestro pasado responde a las determinaciones reales de ese pasado, ni siempre ese pasado que conocemos puede llamarse realmente “nuestro”. La historia de los pueblos y, en particular, de aquellos que, como los de América Latina, son el resultado de largos procesos de colonización no sólo militar o económica, sino también cultural, se encuentra plagada de “hechos” o de acontecimientos que responden más a las exigencias de legitimación del poder impuesto, que a los procesos reales mismos. Tal enajenación del pasado ha producido en general una historia apendicular, en la que las capacidades transformadoras de la realidad que tiene todo pueblo aparecen casi siempre inducidas por fuerzas exógenas o, en el mejor de los casos, por un sector muy limitado de la sociedad nacional que en el fondo defiende sus intereses de clase.

Esta enajenación del pasado explica en mucho la enajenación presente. Un pueblo que no se reconoce en su historia, que no encuentra en ella la afirmación de su poder creador, que no se ve representado como agente de su propio destino, es un pueblo sin autoestima, sin conciencia de sus propios valores y, por tanto, presa fácil de cualquier moda o esquema de pensamiento foráneo. Por ello, una de las tareas más urgentes a emprender hoy día es la de reconstruir críticamente ese pasado histórico, la de desentrañar los procesos reales de conformación de nuestra realidad, con sus avances y sus retrocesos, sus aciertos y sus contradicciones. Lo contrario equivale a perseverar en la actitud de desconocimiento de lo propio y, por lo tanto, en la imposibilidad de alcanzar la necesaria autoconciencia que permita afirmarnos como pueblos dignos y libres.

En la reconstrucción de esa totalidad sociohistórica podríamos decir que más que los hechos, importan las ideas que generaron esos hechos. Las ideas representan las respuestas concretas que un grupo social o una comunidad determinada da a los diversos problemas a los que se ve enfrentada a lo largo de su devenir histórico. Son ellas las que confieren sentido o valor a nuestro pasado, las que otorgan racio-

nalidad a nuestras acciones presentes y las que sustentan nuestro proyecto futuro. En consecuencia, una historia de las ideas no debe verse como separada de una historia de lo social en su conjunto.

Por lo que respecta a la historia de América Latina, las ideas filosóficas han desempeñado un rol de primer orden en los debates intelectuales, proyectos políticos, Constituciones y códigos legales, modelos educativos, etc.; tanto por lo que respecta a aquellos movimientos que apuntaban hacia la transformación del orden vigente, como de los que apuntaban hacia su perpetuación. En el primer caso, esas ideas fueron expresadas a través de un discurso crítico develador de la realidad alienante; en el segundo, a través de un uso manipulador de ciertos conceptos y categorías. Distinguir entre ambos usos exige un abordaje multidisciplinario de la totalidad discursiva misma, esto es, no sólo del texto en cuanto tal, sino también del contexto social, económico, político o cultural en el que dicho texto fue producido. "No cabe -dice Arturo Roig - hacer historia de la filosofía atendiendo a las exigencias académicas tradicionales de "lectura interna" de los textos, sino que es necesario superar la infundada distinción establecida entre aquel tipo de lectura y la "lectura externa", mediante una visión totalizadora que reivindique para la idea tanto su origen como su función sociales"¹.

Un corolario de esta posición nos lleva a considerar que las ideas filosóficas no se circunscriben al universo del discurso filosófico, sino que ellas están igualmente presentes en el discurso político, literario, sociológico, jurídico, etc. De la misma manera, esta interpretación desborda también el concepto tradicional del medio de expresión de estos discursos y ya no sólo deberemos ocuparnos del ensayo, sino también de artículos de prensa, folletos, manifiestos, panfletos, e incluso del discurso oral de un líder ante el pueblo que lo escucha. Creemos que sólo de esta manera será posible alcanzar una cierta objetividad y acortar la distancia entre el relato explicativo de la realidad que llamamos historia y la realidad misma, objeto de nuestro análisis.

Ahora bien, si las ideas han de ser estudiadas como repuestas dadas desde algún campo epistemológico (filosófico, literario, jurídico, etc.) a problemas concretos de la realidad, igualmente es necesario tener en cuenta que esas respuestas son dadas también desde un contexto socio-histórico particular. En este sentido, los supuestos teóricos y metodológicos de una historia de las ideas filosóficas deben tomar en cuenta los diferentes niveles que conforman esa realidad. En consecuencia, una historia de las ideas en América Latina sólo será tal en la medida en que integre las diversas historias nacionales y éstas, a su vez, en la medida en que representen la articulación dialéctica de las diversas historias regionales. No obstante, tampoco

1 ROIG, Arturo A. *Esquemas para una Historia de la Filosofía Ecuatoriana*. Universidad Católica, Quito, 1977, p. 14.

estas últimas pueden ser pensadas fuera del vínculo con lo nacional, ni éste fuera del proceso histórico unitario de la América Latina y de su relación con los centros mundiales de poder económico, político e ideológico.

Tener presente esta interacción dialéctica entre los diferentes niveles de la realidad histórica es lo que va a permitir valorar en su justa medida el proceso de producción de las ideas y su grado de influencia en una sociedad determinada; al tiempo que se evitan tanto los excesos del chauvinismo, como los del pensamiento enajenado.

A partir de estos lineamientos teóricos y metodológicos, y conscientes de la multiplicidad de perspectivas desde las cuales se puede abordar la historia de las ideas, nos hemos propuesto indagar acerca de las particularidades que asume la producción de las ideas en la región zuliana. Para tales efectos, hemos centrado nuestra atención en el siglo XIX; período en el cual se establecen en la región los primeros centros de enseñanza superior y en el que resalta la existencia de una pléyade de creadores que, de alguna manera, resultan hoy emblemáticos del ser y del hacer zulianos. Amén del hecho de que es éste un siglo en el cual la tendencia general, tanto en el Zulia, como en el resto del país y del continente, es la de producir textos cargados de ideas filosóficas, independientemente del área epistemológica en la que se ubique el autor o del medio utilizado para exponer sus ideas.

El hecho de que coincida la aparición de esos centros de enseñanza superior con la proliferación de escritores, no debe llevarnos a pensar que el texto filosófico es necesariamente académico, o que sólo debemos considerarlo en razón de su función educativa. Como apuntamos en un comienzo, las ideas filosóficas se encuentran tan igualmente presentes en la cátedra universitaria, como en el ensayo político, en el diarismo o en la literatura. En todo caso, al historiar las ideas filosóficas producidas en determinados contextos sociohistóricos, la tarea primordial habrá de ser la de valorar esas ideas en relación con su origen y con la función que cumplen en el contexto de la realidad social en su conjunto, por lo que todo texto, académico o no, ha de considerarse de igual importancia.

Aún cuando nuestra investigación se encuentra todavía en proceso y no estamos en condiciones de presentar resultados finales, haremos aquí un intento de ejemplificar el papel que juegan las ideas filosóficas en los procesos de transformación de la realidad. Uno de esos casos lo encontramos profusamente evidenciado en la corriente autonomista que durante las dos últimas décadas del siglo XIX, logró crear en el Zulia no sólo una fuerte movilización política en defensa de una soberanía arbitrariamente conculcada, sino también sentar las bases de una clara conciencia identitaria en prácticamente todos los estamentos de la sociedad marabina del momento. Tal intento requirió de una sólida argumentación teórica que fundamentara ante el colectivo regional y sobre todo ante el poder central, el derecho histórico e irrenunciable de la región a su autonomía política y económica. La fuerza mo-

tivadora de tal noción de autonomía agitó las plumas de hombres como Manuel Dagnino, Candelario Oquendo, José Ramón Yépez, Gregorio Fidel Méndez, Rafael López Baralt, Francisco Eugenio Bustamante, Octavio Hernández, y otros más; al tiempo que estimuló la aparición de una gran cantidad de nuevas publicaciones. Más de ochenta diarios, periódicos y revistas circulaban en Maracaibo en la década de las ochenta, cuando la ciudad, como bien lo señala Germán Cardozo, no llegaba a 40.000 habitantes². Relación que se hace aún más sorprendente si tenemos en cuenta el alto índice de analfabetismo de la época.

En la mayor parte de los escritos aparecidos en estas publicaciones, por no decir que en todos, resultan prácticamente indisolubles las nociones de Identidad y de Autonomía, hasta el punto de que cada término parece servir de fundamento al otro, como lo evidencia este fragmento de la representación interpuesta por la Junta Central Reivindicadora de la Autonomía del Zulia ante el Congreso de los Estados Unidos de Venezuela, en febrero de 1890:

“... este sentimiento separatista, universal en el Zulia, que con tanta fuerza y tanto calor le impulsa a mantener constitucionalmente su autonomía de Estado y a rescatarla en la realidad, no procede tan sólo de la noción que el Zulia tiene de esos derechos que con tanto ardor procura consolidar, sino porque sabe también que esos derechos constituyen *condiciones de su vida* ...”³

La conciencia de su singularidad impide a los zulianos enajenar su voluntad a otros intereses que no sean los propios y, de la misma manera, el mantenimiento de su soberanía e independencia constituyen condiciones *sine qua non* para poder desarrollar a plenitud “la naturaleza, el genio, el sentimiento popular y esas condiciones especiales de esta comarca que llamamos Estado Zulia y que está destinada a ser en lo venidero un gran pueblo, un gran país, acaso una nación”⁴.

En el forjamiento de esta fuerte conciencia identitaria incidieron evidentemente factores históricos y geográficos sobre los cuales no nos vamos a detener, pues preferimos remitirnos a los trabajos de Germán Cardozo, de quien ya hicimos referencia. Sólo queremos señalar que si bien esta conciencia es un resultado de un largo proceso histórico, es en ese final del siglo XIX cuando alcanza su mayor expresión y se constituye en una poderosa fuerza movilizadora de la sociedad en su conjunto, sin diferencias de clase o posición ideológica. A ello contribuyeron no

2 CARDOZO, Germán. “En defensa de la autonomía: Maracaibo entre la tradición y la modernidad (1880-1890)”, en *Historia Zuliana. Economía, política y vida intelectual en el siglo XIX*. Ediluz, Maracaibo, 1998, p. 208.

3 *El Zulia y su autonomía ante la Nación*, pp. VI-VII. Citado por Cardozo. *Ibid.*, p. 218.

4 BARALT, Nemesio y GONZALEZ, Octaviano. *Apuntes para la verdadera historia del Estado Soberano del Zulia*. Imprenta Bolívar, Caracas, 1865.

sólo las circunstancias políticas del momento, sino también en gran medida el salto cualitativo que a nivel cognoscitivo y de formación ciudadana representó la creación del Colegio Nacional de Maracaibo⁵ y posteriormente, en 1891, la creación de la Universidad del Zulia⁶.

Cabe destacar que casi todos los que enarbolaron su pluma para defender la autonomía regional surgieron de las aulas del Colegio Nacional y muchos fueron luego catedráticos en la recién creada Universidad. Fueron ellos los que proveyeron la fundamentación jurídica de dichos reclamos, los que contribuyeron a reafirmar el sentimiento colectivo de pertenencia a una entidad política de pleno derecho y a definir el perfil cultural de dicha entidad⁷. Es así como pocos años después de creada la Universidad del Zulia, Francisco Eugenio Bustamante, Rector de dicha universidad, crea y dirige un periódico del mismo nombre, cuyo objetivo primordial era la de liberar al pensamiento del quietismo dogmático de la verdad revelada, a partir del “estremecimiento de las conciencias” que habrían de convocar las conferencias científicas, las lecciones profesoras, las tesis de mérito o los “discursos o artículos doctrinarios y de combate”, contenidos en dicha publicación⁸.

Este periódico no sólo constituyó una fuente de divulgación de la teoría evolucionista y de las ideas positivistas en el Zulia, sino que fundamentalmente se convirtió en tribuna pública para la libre confrontación de ideas acerca de los problemas más acuciantes del momento. Allí se discutieron las consecuencias de la aplicación del nuevo código Civil; se analizaban las causas de la creciente criminalidad en la región y se evaluaban las medidas tomadas por el gobierno al respecto; se reflexionaba sobre los fundamentos históricos y legales de la propiedad privada y la consecuencias de una posible socialización de los medios de producción. De la misma manera, al momento de celebrarse los 400 años del “descubrimiento” de Tierra Firme, el referido periódico puso sobre el tapete la cara oculta de dicho aconteci-

5 Cf. RINCON FINOL, Imelda. *La creación del Colegio Nacional de Maracaibo*. Universidad del Zulia, Maracaibo, 1996.

6 Cf. RINCON, Imelda, Gamero, María y ORTIN DE MEDINA, Nevi. *La Universidad del Zulia en el proceso histórico de la región zuliana*. Universidad del Zulia, Maracaibo, 1986. (2 vols.).

7 Como vemos, fue muy distinto el papel que desempeñaron estos intelectuales respecto a la problemática social y política de su tiempo del que hoy se exhibe en los círculos académicos del país, en los que la elaboración teórica parece andar siempre a la zaga de los procesos económicos y políticos de la sociedad. En mucho ha contribuido a ello la a veces excesiva rigurosidad formal que caracteriza al trabajo científico universitario y que termina por no escuchar las voces de quienes almacenan en su sufrimiento la fuerza requerida para cambiar las verdades.

8 BOHORQUEZ, Carmen. “El periódico “La Universidad del Zulia” (1898-1899)”. En RINCON, I., GAMERO, M. y ORTIN DE MEDINA, N., *op. cit.*, Vol. II, pp. 92-106.

miento señalando el genocidio cometido y el desarraigo ontológico que tal acción provocó sobre los pueblos sobrevivientes⁹.

No dudó tampoco este periódico en entrar en directa confrontación con el poder político nacional, como ocurrió en la ocasión en que el gobierno venezolano, en abierta renuncia a la soberanía, aceptó la intromisión de un tribunal suizo que condenó a la nación a pagar 4 millones de bolívares como indemnización a un particular llamado Antonio Fabiani¹⁰. Sin embargo, la mayor confrontación de ideas tuvo lugar con la Iglesia, frente a la cual tanto la Universidad del Zulia en cuanto institución, como su órgano divulgativo homónimo, tuvieron que librar una larga y difícil batalla en defensa de las nuevas ideas científicas y de una educación experimental, positiva y laica.

En efecto, la gran polémica intelectual que escinde al pensamiento zuliano de fines del siglo XIX y comienzos del XX es el enfrentamiento entre dos concepciones antagónicas de la vida y de la historia. Por un lado, la tesis creacionista, defendida a ultranza por la Iglesia, y por el otro, la tesis evolucionista, apoyada en la experimentación y en la comprobación fáctica y de la cual estos universitarios se convirtieron en heraldos:

“El hombre es la cúspide de las creaciones biológicas, el último eslabón de esa cadena inmensa” -escribía el Dr. Quintero Luzardo- al tiempo que afirmaba que es gracias a su inteligencia, sensibilidad y voluntad que realiza “las leyes supremas de progreso incuestionable, de avance civilizador, de perfeccionamiento, de inmortalidad...”, no teniendo para ello más limitaciones que las que pudieran provenir de factores geográficos o de sus circunstancias históricas. Agregando más adelante que el hombre genial, el innovador, es como “la arteria mental que nutre el gigante organismo de las civilizaciones”¹¹.

Esta filosofía del hombre y de la naturaleza que se convierte con los positivistas en el fundamento de todas las ciencias, experimentales o no, y que implica un origen del Universo diferente al divino, entró de inmediato en abierta contradicción con la tesis creacionista defendida secularmente por la Iglesia y enseñada como tesis oficial en todos los centros de enseñanza del país. El hecho de que la Universidad pusiera en entredicho esta tesis y de que además la divulgara a través de su periódico a otros sectores de la sociedad, provocó la inmediata movilización tanto de la propia Iglesia, como de gran parte de la sociedad marabina de la época. Para contraatacar, la Iglesia se valió, a su vez, de los periódicos “El Avisador” y “La Reli-

9 “La Universidad del Zulia”, Año I, Núm. 8, pp. 58-62.

10 *Ibid.*, Año I, Núm. 4, pp. 30-31.

11 Discurso de Orden leído por el Dr. Guillermo Quintero Luzardo. *Ibid.*, Año I, Núm. 2, pp. 10-11.

gión”, siendo Francisco Eugenio Bustamante, Rector para ese momento de la universidad y fundador del periódico del mismo nombre, el centro privilegiado de sus ataques. Tanto a éste como a la Universidad se les acusó de comulgar con el ateísmo, la impiedad y la herejía, y con reminiscencias socráticas, de propiciar la corrupción de la juventud. La batalla fue ganada evidentemente por la Iglesia, dado el gran ascendiente que tenía en ese momento sobre la sociedad. La presión y condena que ésta ejerció fue tan grande que nadie se presentó a los concursos públicos convocados por la universidad para discutir estos temas, y si no hubo entonces un desenlace peor, se debió probablemente al hecho de que Bustamante ocupaba también para ese entonces una curul en el Senado de la República.

Con todo, la universidad y su periódico se mantuvieron como tribuna abierta a la libre expresión de las ideas, incluso de aquellas a las que por principio combatían, con lo cual hacía honor a su esencia institucional: la *Universitas*. Debemos igualmente subrayar que esta acción educativa la ejercía, además, con plena conciencia de la función social a la que estaba llamada una institución de su tipo:

“Toca, pues, a nuestro instituto universitario modificar profundamente el viciado sistema de sus gestaciones científicas, cambiar su largueza y generosidad funestas, y en vez de fabricar togas para hombres, intentar, si es posible, formar hombres dignos de esas togas”¹².

Es ésta la universidad y la conciencia social que debemos recuperar, y esta tarea pasa por la reconstrucción de ese pasado que permanece en muchos aspectos ignorado, o cuyo tratamiento parece corresponder más a la dimensión mítica que a la de las luchas reales de unos hombres y unas mujeres que desde sus propias limitaciones fueron dando respuesta a los problemas de su tiempo y perfilando con su acción un modo particular de ser y de situarse en el mundo.

Evidentemente que elaborar una historia de las ideas filosóficas en el Zulia desde los supuestos y metodología aquí esbozados, implica un arduo y complejo trabajo de investigación que difícilmente puede ser llevado a cabo por una sola persona. Se trata más bien de un trabajo colectivo, y si bien es cierto que existen referentes importantes -como los citados en este trabajo- acerca del papel desempeñado por la Universidad del Zulia en el proceso histórico de la región zuliana, se requiere sin embargo una acción concertada y sostenida que permita un abordaje más amplio e integrador de dichas ideas y de los valores que ellas fueron conformando.

La historia de las ideas, en tanto expresión de comunidades nacionales o regionales en búsqueda de su propia identidad, se constituye, como señala el maestro Arturo Roig, en una de las primeras y más necesarias respuestas al problema de la dependencia cultural.

12 *Ibid.*, Año I, Núm. 6, p. 42.